



NUMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincias.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2,50; Semestre, 5
Año, 10.—Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de
Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

A NUESTROS JEFES

Tales son los juicios que respecto de la vida de los partidos republicanos hace la prensa afecta a nuestros ideales, y tantas las consideraciones deprimentes y la opinión triste y pobrísima que de nuestra situación tienen las publicaciones monárquicas, que la Redacción de *El Baluarte* cree llegada la hora de exponer francamente su criterio, y de proponer á sus compañeros, sometiéndolo á su estudio y á la aceptación del pueblo republicano, lo que en su modesto sentir estima como uno de los medios salvadores y de rehabilitación de nuestros prestigios políticos.

Es por extremo desconsolador cuanto viene ocurriendo á las agrupaciones republicanas en este último periodo político, que abarca desde la famosa unión de 1893 á los desgraciados días en que vivimos, de verdadera perturbación y desconcierto.

A raíz de aquella tan celebrada victoria de nuestros candidatos por la circunscripción de Madrid, toda la opinión pública, sin excluir á los partidarios del trono, convino por el momento en que se había iniciado, con la agrupación de todas las fuerzas esencialmente democráticas, una nueva era de robustecimiento y de vitales energías en la gran masa republicana del País.

Á partir de este unánime convencimiento, dividiéronse los criterios con relación al resultado, á los éxitos y á la persistencia de aquel brioso empuje de nuestros partidos coaligados, creyendo nosotros que la tan deseada unión sería eterna, que con ella poseíamos el mas valioso elemento para la conquista de nuestros derechos, y que podíamos desde luego prometérnosla felicisimos en el camino emprendido para instaurar con presteza la República española.

Por el contrario los monárquicos; aunque reconocieron, mal á pesar suyo, nuestra preponderancia con aquella bien obtenida y mejor librada batalla electoral, profetizaban como augures seguros de su ciencia, diciendo que nuestro valor, nuestro poderío, nuestro crédito, sería solamente como uno de tantos chispazos que saltan sin que la hoguera se encienda, como uno de tantos relámpagos que amedrentan sin que caiga el rayo.

Reímos al principio del espíritu profético de nuestros adversarios, que parecía poner empeño sin igual en desacreditar con sus augurios nuestros legítimos triunfos, y seguimos tocados del optimismo más natural y de la confianza más sincera.

Pasaron algunos meses, y el tiempo, con realidad tristísima, ha venido á mostrarnos nuestra candidez y á dar en un todo la razón á los dinásticos, cuyas profecías no han podido tener mayor ni más exacto cumplimiento.

Vamos á cuentas.

Rompióse la unión y marchamos cada uno por su lado. Fueron inútiles desde entonces buenos propósitos ó nobles intentos en pro de toda clase de luchas: la legal ó la revolucionaria. De diatriba en diatriba, de distinguo en distinguo, de discusión en discusión, en poco tiempo hemos llegado á la esterilidad más absoluta. No cabe decir, ni aun á título de buena fe, que esta afirmación es exagerada si, teniendo aun serenos y sin paño los ojos del sentido común, vemos:

Que en pleno Parlamento, por el jefe del Gobierno,

por las mayorías y las minorías parlamentarias, se nos dice que no vamos á ninguna parte.

Que en plena Cámara popular se nos invita á seguir ó á la monarquía ó á la revolución; todo dicho en el tono socarrón y burlesco de quien está convencido que se dirige á unos pobres diablos.

Que al templo de las leyes van nuestras figuras más preclaras y nuestros oradores más eminentes, á recibir continuos reproches y repetidas agresiones de una mayoría indocta que sabe serán impunes sus actos, por considerarnos sin fuerzas, y porque se rien de nuestra indignación y de nuestras amenazas.

Para obrar así nuestros enemigos, se parapetan tras una muralla poderosísima é irreductible, esto es: la razón que les asiste.

¿A dónde vamos? ¿Qué hacemos? ¿Por qué amenazamos? ¿Dónde estamos?

Si á estas preguntas pudiéramos contestar categóricamente probando en sus respuestas nuestra pretendida fuerza, de seguro que los monárquicos procederían de otra suerte.

Pero no es así. Nuestro jefe Ruiz Zorrilla amenaza lealmente con la revolución; Salmerón se decide ya por la revolución; Pi está conforme con la revolución, y vamos á creer que todos quieren y trabajan por la revolución. Pues bien, si así es, la dignidad impone, el decoro aconseja acabemos de ser el hazme reir de los partidos monárquicos, el escarnio de los poderes públicos y las víctimas en el Parlamento y fuera de él. ¿Cómo? Fácilmente.

Ha dicho *El Motín*, con el espíritu práctico que siempre lo informa, y con la crudeza propia de la más sincera verdad, que gastamos en comités, en banquetes, en telegramas, en meetings, veladas, etc., millon y medio de pesetas anualmente, cantidad más que considerable de dinero, que sólo se advierte cuando se hecha cuenta, y cuando, sumando muchos poquitos, nos asombramos con el total tan grande que resulta inútilmente gastado.

Pues bien.

Que los tres jefes, ó dos, ó uno, cualquiera que sea, ordene y fije una nueva organización, estableciendo en provincias centros de suscripción á diez céntimos semanales, para reunir fondos para la instauración de la República.

Fuera de las corporaciones nuestros representantes, escarnecidos y no respetados. Quien no se salga, que se le expulse.

Por el pronto, que no haya otro pensamiento que allegar recursos en esta forma, al parecer infantil, pero práctica, como han sido siempre esta clase de iniciativas.

Así nos contaremos, así tendremos fondos y así veremos si hay republicanos y revolucionarios.

Esta idea que vertemos es el resultado de las confidencias tenidas con el pueblo, es la síntesis de las aspiraciones de toda la clase popular, de la verdadera masa que forma los partidos y que forma la Patria, y es el remedio que nosotros acogemos como el único, dado nuestro estado de impotencia.

Que salga un jefe que esto diga, que esto aconseje, que esto mande, y él llevará tras sí, como un solo cuerpo, como un solo hombre, toda la opinión republicana.

Que se proceda en esta forma, que no faltarán

patriotas, desde el acaudalado propietario al jornalero de misera soldada.

LA REDACCIÓN

CONFORMES

Tiene razón nuestro querido colega sevillano en el artículo anterior. Esto no puede continuar así.

Lo malo es que hemos llegado á tal punto de confusión, que, por lo que á mí toca, lo confieso ingenuamente, no me atrevo ya á proponer nada. Sé que debemos hacer algo, y pronto, y gordo, más no lo que debemos hacer.

Se han predicado tantas cosas, se han recomendado tantas panaceas, se han ensayado tantas posturas sin que el enfermo experimente alguna, que ya ninguno sabemos lo que queremos, ni lo que nos conviene.

Coaliciones, uniones, formación de partidos nuevos, lucha legal, hechos de fuerza, elogios á los jefes, censuras á los ídem, indisciplina por aquí, servilismo por allá...

Hoy un meeting, mañana una velada, pasado un banquete. Cien periódicos por término medio diciéndolo en todos los tonos y en todos los estilos que la monarquía es mala y que los monárquicos son peores...

Anuncios infalibles de que este verano va á ser; que sin falta en el otoño; que sin falencia en el invierno; que sin remisión en la primavera; que mañana; que la semana próxima; que el mes que viene...

Que si un general con mando; que si un regimiento; que si mucho dinero; que si en tal zona; que si en tal plaza fuerte...

Y así un mes y otro mes, y un año y otro año, y una década y otra, y en fin, cuatro eternos lustros de esperanzas falsas, de ansiedades continuas, de energías derrochadas, de tesoros gastados...

Y todo ¿para qué? Para que á los veinte años estemos más divididos que al disolvernó Pavia; para que hablen nuestros diputados en el Congreso y les hagan tragar sus palabras; para que la prensa monárquica se burle de la republicana cuando toque llamada á la revolución; para que las ideas se vean confundidas, los hombres eminentes sin prestigio, el pueblo sin fe casi; y para que haya muchos republicanos importantes apartados de la lucha activa, y mucho desaliento, y mucha ambición pequeña sin ninguna grande, y seamos una fuerza negativa en la vida de la nación.

Cada republicano, no ya cada partido, tenemos un elixir salvador; así más bien parecemos charlatanes en competencia, que hombres serios que persiguen un fin común.

Muchas palabras gordas, muchos discursos elocuentes, y tinta, mucha tinta sobre todo...

Partidos oficinescos; esto son hoy los republicanos.

El Sr. Zorrilla, y más aun el Sr. Pi, no tienen tiempo más que para escribir cartas á sus correligionarios, arrimando siempre el ascua á su sardina, por supuesto.

Con las que ambos han escrito, hoy á un correligionario, ayer á un comité, habría para formar una colección de veinte tomos en folio de una obra que podría titularse: *«Cuartillas inútiles, ó Manual del Perfecto Papanatas»*.

Y en esta risible guerra epistolar se entretienen los llamados á traer la República, mientras todo se derrumba á su alrededor, tanto en el orden moral como en el económico, y mientras hoy unos, mañana otros, van desfilando hacia el cementerio llenos de desengaños y tristezas muchos correligionarios, y otros se esconden en el rincón de su hogar por no intervenir en la obra de destrucción del partido realizada por los jefes y tolerada por el pueblo; y más hay aún que siguen siendo republicanos por respeto á sí propios, no porque esperen ver establecida la República por los procedimientos que se vienen poniendo en práctica.

De cuando en cuando, algún saudimiento que parece precursor de algo grande; más pronto llega la postración, el desmayo.

Siempre las mismas palabras para juzgar los mismos hechos. Los periodistas, que somos, por razón de oficio, los que nos ocupamos más de política, no sabemos ya qué comentarios poner á las noticias sobre inmundos; qué forma dar á los artículos combatiendo la monarquía; qué adjetivos encomiásticos disparar contra los jefes en cuanto dicen algo, ya que hacer, nada bueno hacen, ó con qué epítetos desfavorables calificarlos.

De aquí la vida trabajosa de la prensa republicana. Sostener hoy un periódico, es demostrar condiciones de héroe. ¿Que denuncian un artículo? No se vende un número más por eso. ¿Que llevan á presidio un periodista? Allí se las vea. ¿Que se abre una suscripción para socorrerle? Se reúnen tres pesetas. A nadie le importa nada de nada, si no se relaciona directamente con él.

A la opinión republicana le resulta ya todo esto pesado, monótono, y no será yo quien se atreva á censurarla por ello. Una orquesta que no tocara más que una pieza, por sublime que fuese, haría el vacío á su alrededor.

Hay cansancio, hay aburrimiento; algo de lo que ocurre á la larga en los matrimonios por mucho que se quieran los cónyuges. La falta de emociones fuertes nos mata. ¡Qué bien habla Salmerón! ¡Qué tenaz es Zorrilla! ¡Qué bien escribe Pi! ¡La Justicia trae hoy un artículo inimitable de Calderón! ¡El País hace un enérgico llamamiento á la revolución! ¡El Nuevo Régimen merece leerse! ¡El Ideal tiene un director más en la cárcel! La última caricatura de El Quijote es intencionadísima! ¡Soberbio artículo el de Demófilo en pro de la unión republicana! ¡El Motín está pesadísimo combatiendo á los jefes!

Todo esto se dice, y á nadie le interesa, por más que nuestro amor propio nos impida declararlo. Tantos años de repetir lo mismo nos han hecho indiferentes á todo.

Se necesitan, por lo tanto, emociones nuevas; seguir otros rumbos; mover la opinión, que está atargada; inspirarle confianza; que vea que se va á algo práctico...

¿No lo hacen así los que pueden hacerlo? Pues á ir pensando en la próxima muerte, no de la idea republicana, sino de los organismos actuales. Hay que acabar con ellos para hacer algo. Hay que destruir para transformar.

Sostener otra cosa sería engañarnos, sin lograr siquiera engañar á los demás.

JOSÉ NAKENS.

CASTELAR EN ROMA

Aquella alondra gárrula de Iberia, Scévola con lunar, Catón garrido, que anduvo por doquier metiendo ruido, más que por patriotismo, por histeria,

Después de hacer de sus discursos feria, y echando á Garibaldi en negro olvido, pidió en el Vaticano, compungido, perdón de tanta femenil laceria.

Dejóle el Papa entrar; por no reírse, mientras charlaba Emilio fumoso, la boca se tapaba aquel anciano.

Se comprendieron bien; y, al despedirse, pensaba Castelar: «¡Dios, qué coloso!» y pensaba León: «¡Diantre, qué enano!»

EL BR. FRANCISCO DE OSUNEJA.

Ha fallecido D. Enrique Godínez, redactor jefe de *El Tiempo*, y uno de los periodistas más ilustrados y de más talento de España.

Oficial de Marina, redactor jefe de *El Cronista*, de Nueva York, propietario director de una importante revista financiera en Méjico, fundador de una línea de vapores, correcto traductor de obras científicas, todo esto fué el Sr. Godínez, y además un cumplido caballero.

Enviamos nuestro pésame á toda su familia y á la redacción de *El Tiempo*

¡A MÍ CON ESAS!

Todo es jarana y fiesta,
todo alegría
en casa de Enriqueta
la modistilla;
que ésta se casa,
y es justo que, en su obsequio,
diversión haya.

El novio, que se muere
de puro tonto,
habla con sus amigos
muy orgulloso,
como diciendo:
—Soy, señores, de ese ángel
único dueño.—

La novia ya adquiriendo
de la amapola
el color más subido
que esa flor toma,
mientras sus ojos
líjanse avergonzados
en los del novio.

Hacia el templo cercano
con gran contento
sus pasos encaminan
sin perder tiempo;
que hay ciertas cosas
que convienen que sean
prontas, muy prontas.

Ya á la iglesia llegaron,
y la doncella
baja al suelo la vista
con gran vergüenza;
ya en lazo eterno
los une un sacerdote
bastante viejo.

—Ahí te entrego esta joya—
le dice el cura,—
cuida que no se empañe
su brillo nunca;
que es el espejo
donde tienen que verse
tus hijas luego.

No seas egoísta,
que Dios se enfada,
y en tu memoria siempre
ten esta máxima:
«Lo que tú quieras
para ti, con tu prójimo
pártelo á medias.»

El novio sonriendo
mira á su esposa,
y al ver aquellos ojos
y aquella boca
que aun á más santo
tentaciones le dieran,
responde al cabo:

—Padre, ¿ve usted esa chica?—
—Sí—dice el cura.—
—Que para mí la quiero,
no cabe duda;
pues si alguien trata
que su máxima siga,
¡le rompo el alma!

AGUSTÍN PAJARÓN.

LOS FARISEOS

«Si véis á uno de esos hombres que, acurrucados en un ángulo del santuario, con la cabeza reñida con la verticalidad, se golpea inhumano el pecho cuando al amparo de su oblicua mirada descubre que le observáis; pero que al regresar á su casa maltrata con violencia á su mujer si no le saca lustre á las botas, ó azota como un cruel sayón á sus hijos porque se permitieron pedir el desayuno antes de la llegada del jefe de familia, huid de él como de un leproso.

Si tropezáis con uno de esos ejemplares típicos de melosa palabra, toda dulzura y cariño, cuya vista acusa en lánguida caída la sencillez y el candor paradisiacos; que simulando desprendimiento y abstracción de achaques mundanos, se paga de la sonoridad de sus timbres, y alardea de integridad siendo su corazón un nido de miserias; que cultiva el trato y aun la amistad de quienes pueden juzgarle ante la ley divina ó la humana, por creer que tendrá algo adelantado en el camino de las complacencias; que no comete un desliz visible; que, en una palabra, parece impecable, aunque es posible que aceche al hombre honrado que le es odioso y le clave un puñal en la es-

palda, ó vierta la baba de la calumnia en el néctar mortífero de su satánica conversación, llegando á fomentar la duda entre los que con razón afirmaban la dignidad y rectitud de la víctima; evitad la ocasión de un segundo encuentro, porque los tales fariseos, reptiles inmundos que huyendo de la luz ocupan los escondrijos, son mil veces peores que las fieras de los bosques contra las cuales podéis encontrar salvación en la destreza de vuestra puntería ó en la agilidad de las piernas.

La nobleza de alma, la pureza de sentimientos, la lealtad de las aspiraciones se traducen en la más severa igualdad de carácter que hacen al hombre un ser único en las tres fases de su existencia: religiosa, social y doméstica. Cuando la unidad falta, cuando el equilibrio se rompe, surge un fariseo ó un malvado; éste es acreedor al aislamiento de la celda; aquél merece el rigor inapelable de la hoguera; de la hoguera, que es á lo que ellos condenan á quienes tienen la desgracia de caer bajo el alcance de sus detractoras lenguas.»

(El Resumen.)

EL MUNDO AL REVÉS

Copio de *La Voz Montañesa*, de Santander:

Al ilustre pastor Calvo y Valero,
un poeta que huele á pertiguero
llama águila caudal.
¡Lo de caudal será por el dinero
que lo reclama en tono lastimero
Cabezón de la Sal!

Iba á ponerle á los versitos un comentario sabroso, cuando llega á mis manos *La Justicia* del día 12, y leo lo siguiente, bajo el título *Justicia de la restauración*. «Recibimos el siguiente telegrama:

«Cádiz 11 (1,40 t.)
(Recibido con un retraso inverosímil.)

Ha sido preso el autor de un artículo publicado en *El Pueblo*, por hacer severos cargos al Obispo de Cádiz á causa de retener éste ilegalmente un cuantioso legado de 200.000 duros. Pareco anómalo que se lleve á la cárcel á quien escribe, fundándose en documentos irrecusables, dejándose tranquilo al Obispo retenedor del legado. Suplicamos á la prensa de Madrid se ocupe en estos hechos.—La redacción de *El Pueblo*.»

Por nuestra parte, dice *La Justicia*, tenemos sumo gusto en complacer al apreciable colega gaditano, correligionario nuestro, llamando la atención del Gobierno acerca del extraño proceder de quien encarcela al que acusa de una grave responsabilidad á un Prelado, y deja al acusado en paz, como si la acción fiscal sólo existiera para los periodistas, y se detuviera, con temor, ante los palacios episcopales.

Esta es la justicia de los tiempos democráticos que, según el Sr. Abarzuza, alcanzamos.)»

Hacemos nuestro el comentario de *La Justicia*, y protestamos contra esa manera de aplicar la ley.

De ponerse en práctica ese procedimiento, nada habría más sencillo que acabar con la libertad de imprenta. Bastaba con que los obispos se pusieran de acuerdo para imitar al de Cádiz, aunque fuese de mentirigillas, y se prendiese después á todos los periodistas que se ocupasen del asunto.

¡Se ve cada anomalía en estos tiempos!...

ASUNTO ESCABROSO

Con ese título publica estos renglones *El País*:

«De *El Diluvio* llegado ayer, y en la correspondencia que desde Madrid le escribe su acreditado corresponsal *Niceforo*, encontramos el siguiente párrafo dando cuenta de un suceso que nos era conocido y que no quisimos tratar oportunamente en *El País*.

Pero lo hace *Niceforo* con tal discreción y salva tan bien las escabrosidades del asunto, que no tenemos inconveniente en reproducir lo que dice, y es lo siguiente:

«Yo no sé cómo relatar, ó referir, ó trasladar una noticia que circula por aquí desde las primeras horas de la tarde...

Se trata de un Diputado, cuyo nombre no se dice, que fué detenido anoche en el paseo de Recoletos por actos atentatorios á la moral.

El Diputado, que á la cuenta no es *inviolable*, luego que se vió detenido trató de sobornar á uno de los guardias de Seguridad, dándole al efecto cincuenta pesetas. El guardia las tomó y procuró echar tierra al asunto; pero otro guardia le denunció al Gobernador, haciéndose así pública la noticia.

¿Quién es el Diputado? Nadie dice el nombre, aunque sí se asegura que es de la mayoría; á lo cual replican los antiguos fusionistas que si do la mayoría es, pertenecerá al grupo posibilista, pues que nada de eso se ha dicho de los diputados de la mayoría hasta que los posibilistas se les han unido...

¡Allá ellos!..»

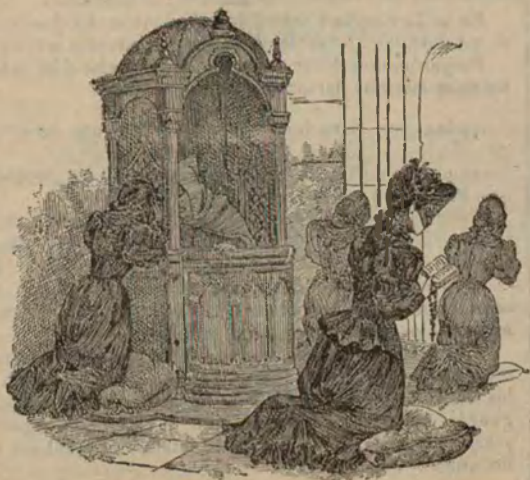
Si el hecho es cierto, no sé á qué aguarda el Congreso para expulsar ignominiosamente de su seno á ese caballero ó lo que sea.

Sería un acto que vigorizaría el sentimiento de la dignidad, tan amortiguado en otros asuntos.

CONTRASTES



Pecados de tres al cuarto
y pecadores vulgares,
penitencias que no pasan
de padrenuestros y salves,
ni una costosa novena,
ni un donativo importante;
esto da el confesionario:
cualquier clérigo lo sabe.



Conmovedores relatos,
anecdotos chispeantes,
el pecado oliendo á gloria,
el vicio con cara de ángel,
regalos para el convento
de custodias ó de cálices,
donativos de vituallas
y de dinero contante;
esto da el confesionario;
que lo diga cualquier fraile.

UNA PÁGINA DE MICHELET

Sólo Dios sabe lo que el porvenir nos tiene reservado; pero si todavía ha de herirnos, que sea con la espada, ya que las heridas producidas por el acero son limpias y francas, y si bien sangran, se cicatrizan. Mas ¿qué remedio emplear contra las llagas vergonzosas, contra esas llagas ocultas que se arraigan y se dilatan más cada día?

Lo más temible de esas llagas es el espíritu de policía puesto en las cosas de Dios, el espíritu de piadosa intriga, de santa delación; en una palabra, el espíritu de los jesuitas.

Démos Dios diez veces la tiranía política, la tiranía militar y cuantas tiranías existan antes que la humanidad se vea mancillada por tal policía... La tiranía tiene una cosa loable, y es que con frecuencia despierta el sentimiento nacional, y se la quebranta, ó se quebranta; pero extinguido el sentimiento, ¿cómo echar la gangrena una vez haya penetrado en nuestra carne y en nuestros huesos?

La tiranía se contenta con lo aparente, no compele más que los actos; pero la policía jesuítica alcanzaría hasta el pensamiento.

Hasta el alma, poco á poco trasformada por las costumbres del pensamiento, alterada en su esencia, con el tiempo cambiaría de naturaleza.

¿Conservarse alma la que miente y adula, tiembla y es ruin y á sí propia se desprecia?

Mudanza es esta peor que la misma muerte, pues ésta no mata más que el cuerpo, en tanto que muerta el alma ¿qué queda?

Matándonos, la muerte nos deja vivir en nuestros hijos; pero muerta el alma, perdemos hijos y porvenir.

¿Qué espectáculo más repugnante ofrecerían, transportados del convento y del colegio á la sociedad, el

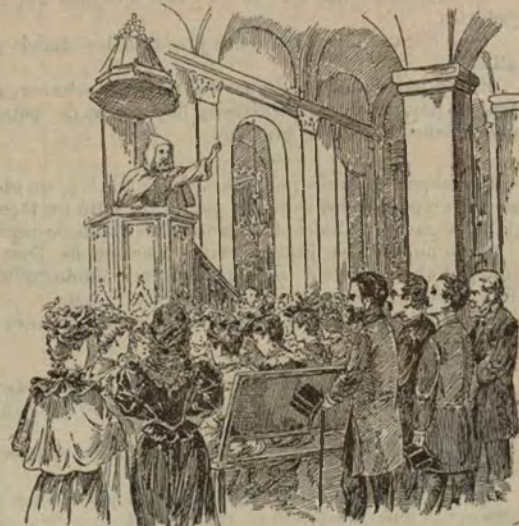
espíritu de policía y de delación, las viles costumbres del escolar amigo del sople! Desgraciada la nación en que tal sucediese. Sus habitantes vivirían entonces como viven los jesuitas, es decir, ocupados, desde el más encumbrado al más desvalido, en denunciarse mutuamente; sólo la traición tendría asiento en el hogar; la mujer vendería al marido y el hijo á su madre, y no se oiría más ruido que un triste murmurio: el zumbido que producirían las gentes al delatar los pecados ajenos, al minarse unos á otros la existencia y al roerse poco á poco.

J. MICHELET

CONTRASTES



En vano se desgañita
lleno de fervor el clérigo;
el suyo es sermón perdido,
pues no hay un alma en el templo.



Se anuncia en cambio que un fraile
de este ó el otro convento,
á quien han puesto de moda
devotos alabarderos,
jaleadoras beatas
y sietemesinos neos,
en tal iglesia predica.
y hay lo que se llama un lleno.
Así el fraile acaparando
el púlpito en su provecho,
va á lograr pronto que saque
de los que predica, el clero,
sólo lo que, según dicen,
sacó el sermón el negro.

¡MÁS CARIDAD!

La Unión Gallega dirige al obispo de Tuy un escrito en que le dice:

«Vuestra Ilma. es nuevo en la diócesis, y quizá nada sepa de una exposición de más de noventa vecinos de Fofe quejándose del abad señor Amil, por inmoral y

perturbador de la paz y tranquilidad de los vecinos de la parroquia.

«Pue, bien, señor obispo; hoy tenemos un nuevo contraste, una nueva salvajada del abad D. Hermenegildo Amil contra su antigua concubina Sabina Vidal.

Esto es escandaloso, y á la par criminal. La dicha Sabina Vidal tiene dos hijos, producto de los amores ilícitos del abad Amil, y por cuestión de celos, otras mocitas de pelo en pecho (como suele decirse) entraron á las doce de la noche en la casa de la Vidal, maltratándola de obra y de palabra, cuya cuestión se halla en el juzgado de la Cañiza»

«Amil y el cura de Maciira Mouta debían estar en la cárcel, y gozan de libertad impunemente, cuando otros por menos motivo se hallan en Ceuta».

Me parece muy cruel la alusión que el estimado colega hace á Ceuta tratándose de esos dos pobrecitos curas.

Más caridad, compañero, más caridad. Bueno es castigar á los que faltan, (si es falta ser enamorado,) pero no de manera que la justicia tome carácter de venganza; y este carácter tomaría en el caso de que nos ocupamos.

Así, creo que no es conveniente ni justo indicar que deberían ir á Ceuta ese par de presbíteros, (no mejores ni peores que los otros,) y que bastaría con enviarlos á cualquier otro establecimiento de igual indole dentro de la Península, si es que había méritos suficientes para ello.

No hay que olvidarse nunca de esta hermosa máxima: «odia el delito y compadece al delincuente.»

Cuando en una fiesta religiosa, procesión, peregrinación ó romería, resultan muertos y heridos, ¿qué debemos pensar?

—Que el espíritu de vino es más potente que el religioso, ó que nada predispone tanto al hombre contra su prójimo como el creer que está bien con Dios.

CONTRASTES



Por la obligación llevado
del pobre á la cabecera,
sin esperanza de lucro,
que los pobres nada dejan.
el espectáculo el cura
de la agonía presencia.



También á otro moribundo
el fraile su auxilio presta,
y con latines su alma
á los cielos recomienda,
pero no lo hace de valde;
y tened por cosa cierta
que el fraile no se retira
sin su tajada de herencia.
Es pues la muerte cristiana,
para el que interviene en ella,
si fraile, abundante mina,
si cura, triste tarea.

¡OH, LA FE!

Una sociedad de solteros y solteras formada en

Quintanar de la Orden para jugar un billete de la lotería, ha dado un duro de participación á Jesús Nazareno y otro á la Purísima Concepción, á ver si por ese medio saca el premio gordo.

Bien; pero y si no les toca, ¿qué van á hacer con ellos? Al obsequiarlos, es porque creen que pueden hacer el milagro de que les caigan los doce millones. Y si pudiendo, no lo hicieran, sería cosa de echarles la culpa del fracaso.

Y otra cuestión. Si les toca ¿á quién van á entregarle los cuartos? Porque sería á su vez una injusticia que se los apropiase el cura, que no tiene arte en el asunto, aun cuando con seguridad procuraría tener parte.

¡Oh, fe! Para todo sirves ya.

ESCRUPULOS DE MONJA

Llega á mis manos el número correspondiente á Diciembre del Boletín del Asilo de la Santísima Trinidad, y trae dentro un prospecto de una fábrica de chocolates, que contiene este párrafo:

«Las personas que lo deseen, pueden verlos fabricar, y se convencerán de que no se echa manteca, como hacen en algunas fábricas, particularmente en los chocolates de Astorga (no sirviendo para días de ayuno).»

Esto es ya el colmo. Volvemos á los tiempos de los escrúpulos de monja, cuando los papeles que habían envuelto manteca no servían para los usos á que yo destino los periódicos neos.

¿No saben mis lectores el origen de esa frase, *escrúpulos de monja*? Pues procuraré decirselo como pueda.

Fué á confesarse una monja, desembuchó unos cuantos pecadillos, y comenzó á temblar, á ruborizarse, á sollozar...

El confesor la animaba á que hablase, ponderándole lo grande de la misericordia divina, diciéndole que el sacramento de la penitencia sirve de Jordán purificador, y esas otras cosas que suelen decir para no espantar la parroquia.

Pero la monja, nada; cada vez más confusa, más medrosa, llorando más... hasta que por fin se desmayó, y tuvieron que conducirla á su celda.

A los tres días se arrodilló nuevamente ante el confesor, y se repitió la escena punto por punto. El confesor comenzó á pensar en un crimen horrendo, en un pecado irredimible... Algo así como un infanticidio; vamos, una cosa muy gorda.

A la tercera vez, y después de confortarla y consolarla de antemano, y de muchos suspiros por parte de ella, y de muchas lágrimas, y de un poquito de síncope, confesó...

(Aquí de mis apuros. ¿Cómo lo diré?... ¡Cielos!... ¿Qué compromiso! El caso es que... Mas allá voy; no se diga de mis escrúpulos lo que de los de la monja.)

Confesó que un viernes santo había utilizado en no sé qué operación muy natural y corriente un pedazo de papel que había envuelto eso que la fábrica citada no emplea en los chocolates que han de tomarse los días de ayuno: manteca.

Y aludiendo á esto, se inventó la frase *escrúpulos de monja*.

EN TODAS PARTES IGUAL

En los tribunales de Londres se está viendo ahora un proceso entablado por un rico industrial, Mr. Worrel, contra su mujer, acusándola de adulterio con el clérigo Mr. Hugh William Jones.

En la Audiencia se ha leído una carta, en la cual la señora escribe al presbítero lo siguiente:

«Mi viejo chicuelo querido... todo lo que puedo decirte es, que jamás, jamás ha existido ni existirá hombre semejante á ti...» Y firmaba: «Tú pobre vieja Furbur.»

Mad. Worrel dice que escribió esta carta con el sólo objeto de hacer rabiar á su esposo, y el reverendo asegura, que si ella le había ido á ver algunas veces á su domicilio, fué para tratar asuntos puramente religiosos.

Celebraré que salgan absueltos, para que la religión católica no padezca en aquel país de pícaros protestantes.

Y poquito que se regocijaria aquí el obispo Cabrera, si allá condenasen á un clérigo católico por cositas relacionadas con el sexto! Sería el mejor comentario que pudiera poner al discurso que contra él pronunció en el Senado el marqués de Pidal.

D. Manuel E. Delgado, director que fué de *El Ideal*, y estimado amigo nuestro, ha sido conducido al penal de Granada para cumplir sesenta años de prisión que le han impuesto los tribunales de justicia.

Si cumple dos siquiera, por no haber venido la República, habrá que convenir en que aquí ya no hay ni dignidad, ni vergüenza, ni aquellas cosas que no

pueden decirse y que les sobaban á nuestros padres.

Cada vez que en mis escursiones por las afueras veo un templo nuevo, exclamo involuntariamente:

«Ya tienen los pobres un sitio más á donde acudir para admirar las galas y riquezas de las imágenes, el lujo de los ornamentos sagrados, la satisfacción que rebosa en los rostros de los ministros del Señor; ya tienen un lugar más en que entretener el poco tiempo que les deja libres la penosa tarea de estar con los brazos cruzados por falta de trabajo; ya tienen un edificio más donde refugiarse para no oír las peticiones de pan que les hacen sus hijos, para no ver sus carnes desnudas, para convencerse de que sólo hay miseria en la oscura y fría morada del trabajador.»

Y después de decirme esto, me afano inútilmente por explicarme cómo hay quien lleve su cinismo hasta predicar que la religión católica es la de los pobres y los desvalidos.

Que no se trabaje los domingos... Que las mujeres no se dediquen á ciertas labores... que los niños no ganen nada hasta tal edad...

Todo esto es noble, humanitario, sublime, pero estúpido, porque es impracticable.

Mientras el trabajador no gane lo suficiente durante los seis días de la semana para atender á sus necesidades, trabajará y hará trabajar á sus hijos.

Y en tanto que la mujer no tenga asegurada la vida sin prostituirse, buscará el pan de cada día en cualquiera labor por homicida que sea.

El instinto de conservación podrá siempre mucho más que todas las leyes que, aun cuando justas, sean ineficaces en la práctica.

¡Conviértete, pecador!, decía á un enfermo un cura; la religión te asegura allá otra vida mejor.

—Será cierto, á no dudarlo, señor cura, será cierto, mas ¿cómo tantos han muerto y nadie vuelve á contarlos?...

Y le replicó el *mosén*:

—Por eso precisamente no vuelve nunca la gente: ¡por que allí le va muy bien!

¿Que algunos republicanos de Talavera hacen guerra á El Morín?

Lo creo; hay muchos republicanos que sólo tienen de tales el nombre, y mucha levadura teológica.

Y también los hay que no les gusta leer más que majaderías.

Y no faltan tampoco quienes juzgan á los demás por ellos.

En un partido como el nuestro, tengo que haber, por fuerza, pájaros de todas castas, y hay castas de pájaros que únicamente saben graznar.

Paseaban tres curas por el muelle de Huelva; un obrero que empujaba los vagones por la vía soltó un taco, y ¡pim! se ganó una bofetada de uno de los hombres negros.

Como no se debe jurar el santo nombre de Dios en vano, el obrero faltó á este mandamiento no devolviéndole al presbítero la bofetada con réditos y todo.

Así, me alegraría que el cura le diera otra cuanto lo encontrase.

Enfermó una mujer en Santander, llamaron al párroco de Consolación, éste se negó á ir por no sé que causa, y la enferma murió sin sacramentos.

Disculpo al cura, y más si opina lo que yo respecto á la eficacia de ciertos actos.

También es fuerte cosa esta de que no puedan los pobres curas tener un punto de reposo, y de que cada ciudadano elija la hora que más le convenga para morir.

Hay que arreglar esto; y así como se dice «Despacho de cédulas personales, de tal á tal hora», debe también decirse «Viáticos de tal á tal» y «Extremaunciones de cual á cual.»

Y el que quiera morirse fuera de las horas de despacho, que quo sufra las consecuencias.

La verdad es que hay gentes muy gangueras.

Llegó á Valencia, procedente de Segorbe, un cura con su ama, alquilando una habitación en la calle de la Muela.

El ama fué atacada de no sé qué enfermedad, y, sin duda para que no se contagiase, fué despedida la joven que los asistía, la mi-ma noche que cayó en cama.

Una vez restablecida la enferma, regresó la pareja á Segorbe en paz y en gracia de Dios.

Y ahora se empeñan algunos impíos en averiguar la clase de enfermedad que el ama tuvo, como si les importara algo. ¡Váyanse al diablo los curiosos!

—¿Que el ama del párroco de Doña Mencía es guapa?

—No creo que por eso merezca censura, sino alabanza.

¿Que se dirigieron ambos duros epítetos hace pocos días, y él la despidió, y ella se negó á marcharse, y se armó el gran escándalo?

—Tampoco tengo nada que decir á esto. Las perso-

nas que viven juntas son las que riñen, y mientras más intimidad tengan, más veces y con más ganas.

—¿Que si fué por celos?

—Esto ya pertenece á la vida privada, en la que no me gusta intervenir.

Por lo tanto, corto aquí la conversación.

El alcalde de Madrid ha dispuesto que el capellán del Ayuntamiento diga todos los días misa en la capilla de San Ildefonso por el alma de los concejales difuntos.

Cuando el alcalde cree que las almas de los concejales tienen tanta necesidad de sufragios, sus razones tendrá para ello.

En la iglesia parroquial de San José en Gijón, los ladrones han limpiado los cepillos.

—¿Pero ya no hay clases?—dirá y con razón la gente de Iglesia.

Un diputado carlista ha dicho en el Parlamento, que sus correligionarios se sublevaron por que allí se blasfemaba y los soldados iban por las calles con gorro frigio y abrazados á las mujeres públicas.

Ese hombre confunde lastimosamente los gorros frigios con las boinas, los soldados liberales con el generalísimo de los carcas, y las mujeres públicas españolas con las aventureras húngaras.

Buen escándalo se armó.

«¡Fuera el apostata, fuera!»

la dignidad le gritó.

—¿Pero y él, como quedó?...

—Se quedó... con la cartera.

En la Tesorería Central de Filipinas se ha descubierto un desfalco que asciende á unos seiscientos mil duros.

Preparémonos á ver aparecer de la noche á la mañana unos cuantos personajes de nuevo cuño.

Andan por Barcelona dos individuos que se encargan de las exequias de ultratumba, tranquilizando á los *espíritus* mediante el cumplimiento de las promesas que hicieron y no pudieron realizar en vida.

Claro es que el dinero para ello se lo sacan á los parientes del muerto, si éstos cándidamente se prestan á largarlo.

El periódico que da la noticia pide indignado que sean llevadas á la cárcel esas damas, y yo, en nombre de mis amados presbíteros, pido lo mismo.

A ellos y sólo á ellos corresponde el comercio con el otro mundo, y los demás que quieran ejercerlo, son viles intrusos, que dan ganas de pedir, como el poeta guardiá civil en el Parnaso, que haya en el purgatorio vigilantes para evitar el matute místico que se hace con las almas.

Varios panaderos que salieron del Puerto de Santa María en dirección á unos cortijos del término de Saulúcar, fueron asaltados por un grupo de trabajadores, los cuales se repartieron el pan.

¡Habrá necios! Aquí sí que encaja bien lo de pan para hoy y hambre para mañana.

Se roban millones, estúpidos.

Amigo Bernardo Bartolomé:

¿En qué quedamos? ¿eres cura ó comerciante? Si cura ¿dónde celebras? y si comerciante ¿porqué vistes sotana? Además ¿cuál es tu residencia, Velilla ó Madrid? Me he enterado del último negocio que has hecho vendiendo nueve mil y pico de kilos de bolsas de papel para las tiendas. Esto te probará que te sigo la pista, que sé cuanto haces, y que vas á danzar mucho en estas moralizadoras columnas, si no te dedicas á los deberes de tu profesión.

Sobre la manera como adquiriste la fábrica de papel, hablaremos otro día.

Porque te quiero te aviso.

BIBLIOGRAFIA

La España Moderna, Octubre. — Muy importante es el último número de esta Revista, en la cual colaboran los primeros publicistas españoles. Contiene trabajos de D. Juan Valera, D. Miguel Unamuno, Sr. Menéndez Pelayo y otros escritores notables. Se suscribe á esta publicación en la Cuesta de Santo Domingo, 16 Madrid.

Manual del Juez para uso de los Jueces de Instrucción y Municipales, Gobernadores de provincia, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y subalternos de la Guardia Civil, etc., por el Doctor Hanns Gross de Graz.

Es un libro de verdadera necesidad en España, donde más que en otras naciones impera la rutina en la instrucción de los sumarios. Los capítulos referentes á interrogatorios, á las declaraciones de los testigos, autopsias, tatuajes, enfermedades mentales, huellas de sangre, falsificación de documentos, grafología, la fotografía como auxiliar de la justicia, la antropometría, simulación de enfermedades, comunicación de presos, la prensa periódica, los incendiarios y los explosivos, debieran nuestros jueces aprenderlos de memoria.

Es un libro indispensable en la práctica judicial, y contiene multitud de grabados que ayudan á poner en práctica sus enseñanzas. Precio doce pesetas. *La España Editorial*, Cuesta de Santo Domingo, 16.

Paca la florera. — Lío madrileño, por el Doctor F. Vinyals. Es una novela en extremo interesante, del género realista, escrita con corrección y galanura.

Se vende al precio de una peseta en las principales librerías.

República y Socialismo. Con este título ha publicado D. Marcial Serra y Castells un bien escrito folleto.

Está á la venta en la Administración de *La Voz de las Afueras*, calle Rovira, núm. 13, San Martín de Provensals. Precio cincuenta céntimos de peseta.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.